

FERNANDO URIARTE

La crisis de la creencia en Ortega y Jaspers

LA forma entrecortada y el contenido confuso, pleno de vagos supuestos que varían desde la adivinanza hasta la ciega certidumbre, caracterizan la expresión de los filósofos de nuestro tiempo. Revelan estos tímidos intentos expresivos, muy claramente, la grave crisis que agobia en su base de sustentación al sujeto primordial de la filosofía, al hombre. La pregunta por el presente y el futuro del hombre ha de descender necesariamente, filtrándose a través de todos los vericuetos culturales en que el ser se expresa, hasta la base profunda donde se asienta la creencia. Allí se empieza a descubrir la clave original de su audaz transcurso por la historia.

El hombre cree en determinadas cosas o fenómenos, y no piensa en ellos porque vive de ellos. Cuando estas creencias que sostienen su vida pierden fuerza y se desvanecen, cae en la duda, ese interregno angustioso que le obliga a pensar perentoriamente nuevos mitos, nuevas ideas sobre el mundo y sobre la vida. Esta dolorosa etapa de duda puede denominarse crisis histórica, lo que no es otra cosa que un intervalo entre dos creencias. Esta suplantación de la creencia moribunda por una nueva supone, a la par que un destino nuevo, una fórmula distinta para la cultura y para la vida. El estudio de las creencias del hombre posibilita la única inteligencia posible de la historia humana.

La inseguridad del hombre se patentiza en los rasgos más notorios de la filosofía actual, en esa manera cautelosa y tímida de quien desconfiaba del terreno que pisa, en la necesidad constante de intentar vaticinios y profecías, en sus construcciones conceptuales, esqueléticas, que aparecen co-

mo formas juveniles indecisas, que emergen débilmente entre la maraña de recientes y respetables escombros espirituales.

Esta suerte de orfandad que singulariza a los más notables profesionales del pensamiento actual se comprende, por ser ellos los primeros en percatarse de la presencia de una creencia en ruinas. Solitarios, perdidos en el mar humano, entrevén y anuncian una nueva tierra ante la mirada desconfiada de una mayoría que se aferra con desesperación a la creencia anterior, ya en franco naufragio.

Se trata de unas pocas mentes de excepción, que con pequeñas diferencias en la fecha de publicación de sus libros, manifiestan una coincidente inquietud medular que se puede advertir fácilmente. Esta pequeña élite, cada uno desde su rincón, separadamente, está trabajando con ardor en el gran tema común: el hombre, su vida, su creencia.

Esta similitud de la preocupación filosófica se nos hace evidente en dos astros del pensamiento actual: Ortega y Gasset y Jaspers.

El primer estudio fundamental de Ortega sobre el hondo tema de la creencia apareció en 1936 en lengua alemana, publicado por la "Europäische Revue" y fué vertido al español en 1940 en el libro titulado "Ideas y Creencias".

En la Idea de la vida como realidad radical, que envuelve todas las demás realidades, aparece la creencia como la circunstancia más obligatoria e ineludible. Dice el transparente lógico madrileño: "...no hay vida humana que no esté, desde luego, *constituida* por ciertas creencias básicas y, por decirlo así, montada sobre ellas. Vivir es tener que habérselas con algo en el mun-

do y consigo mismo. Mas ese mundo y ese sí mismo con que el hombre se encuentra le aparecen ya bajo la especie de una *interpretación*, de ideas sobre el mundo y sobre sí mismo". ¿Qué son las ideas y qué son las creencias? Ortega practica la anatomía, por cierto elegante, de ambos términos y otorga a la segunda una tan alta importancia que llega a rematar su examen erigiéndola en el único sostén de la vida. Las creencias no son ocurrencias que le vienen al hombre cualquier día, como las ideas, que pueden tenerse a toda hora. Creencia es aquello en que se pisa confiadamente.

"Estas ideas que llamamos creencias no surgen en tal día y hora dentro de nuestra vida, no arribamos a ellas por un acto particular de pensar, no son, en suma, pensamientos que tenemos, no son ocurrencias ni siquiera de aquella especie más elevada por su perfección lógica y que denominamos razonamientos. Estas ideas que son de verdad creencias constituyen el *continente* de nuestra vida y, por ello, no tienen el carácter de *contenidos* particulares dentro de ésta". De ella, entonces ha de depender toda nuestra conducta, incluso la intelectual. Al aceptar la realidad de la creencia satisface el hombre su oscuro anhelo de invención de mundos ciertos o verosímiles, en ansia irrefrenable de seguridad. "Crear en una idea significa creer que es la realidad, por tanto, dejar de verla como mera idea".

Siguiendo el categórico pensamiento de Ortega nos encontramos con que si la creencia es una situación originaria, su antípoda, la duda, no lo es; se cae en ella.

Este caer del hombre, señor de su mundo, verdadero para él y "aun científicamente verdadero", le obliga a buscar tierra firme, horizontes satisfactorios y claros.

"Si el hombre se ocupa en conocer, si hace ciencia o filosofía, es, sin duda, porque un buen día se encuentra con que *está en la duda* sobre asuntos que le importan y aspira a estar en lo cierto". Entonces llamará verdad y creará en eso que le parece "idealmente más firme".

Esta categoría tan decisiva para el conocimiento del hombre aunque no sea otra cosa que "una fantasía exacta" constituye la base de toda la creación cultural y debe ser vigilada y atendida preferentemente, ya que de su existencia depende, en grado superlativo, toda la continuidad histórica.

Dejemos a Ortega en su maestro afán dilucidatorio y escuchemos de labios de Karl Jaspers la queja sombría del hombre sin creencia, sumergido en la duda.

Su libro "Origen y Meta de la Historia" (primera edición 1949) es un potente cuestionario a la época, que se atreve a excavar dramáticamente en los bajos fondos del ser del hombre actual, huérfano de una creencia fundamental que oriente y asegure su tránsito en la vida.

El estilo de Jaspers no es ajeno a cierta trágica tensión que ha invadido casi todos los escritos fundamentales del pensamiento alemán de este siglo. Con variantes apreciables en la concepción general de la historia universal, pero manejando diestramente las mismas categorías que Spengler, intenta fatigosa y resueltamente una solución positiva al destino del mundo, valorizando minuciosamente los peligros que, para la continuidad del hombre, se han asomado al escenario histórico.

Los paralelismos históricos, ya empleados por Spengler se inician aquí con la concepción original del "tiempo eje", según la expresión de Jaspers. En efecto, entre los siglos V y X antes de Cristo habría alcanzado el hombre la conciencia de sí mismo. Este eje histórico vale por igual para cristianos y budistas, para los que seguían a Confucio y Laotse, para los discípulos de la doctrina de Zarathustra en Irán, para los judíos de Palestina con sus profetas Elías, Isaías y Jeremías y, finalmente, para los griegos, con Parménides, Heráclito y Platón. Todo lo que estos nombres representan se origina casi al mismo tiempo, en completo desconocimiento de los diferentes grupos entre sí. Desde ese extremo límite temporal inicia Jaspers la búsqueda del hombre, cubriendo todo el camino recorrido, entre sobresaltos y crisis laboriosamente superadas, hasta rematar en el mundo de hoy, en el que ya nadie puede ignorarse: nuestra edad técnica con sus portentosos recursos, encaminada fatalmente a la ordenación mundial, sin fronteras, en cuyo vórtice ardiente se levanta la pregunta decisiva.

"La verdadera cuestión del futuro, la cuestión que todo lo condiciona y decide, es *cómo y qué creará el hombre*".

"La ordenación del mundo en la nueva edad técnica no puede basarse en la ciencia, la técnica o la civilización. Estas no son un apoyo seguro, puesto que están tanto al servicio del bien como del mal.

Tampoco es posible ya, por parte de las masas, una confianza radical en las iglesias. Fueron demasiado impotentes cuando el mal triunfó. Todas estas son condiciones indispensables para la totalidad del hombre. Pero no bastan."

Jaspers muestra vagamente una senda posible: "Lo que hoy exige la situación es esto: Debemos retroceder y remontarnos a un origen más profundo, a la fuente de la cual surgió en otro tiempo toda creencia con su forma histórica particular; a aquella fuente que puede fluir en todo tiempo, si el hombre está dispuesto a ello. Cuando la confianza en aquello que se manifiesta y está en el mundo no sustentan ya la vida, entonces la base debe ser la confianza en el origen de todo".

Invocando el testimonio de Aristóteles podemos agregar que el hombre puede ser más o menos que un animal. Lo que no puede ser es animal. No puede vivir sin creencia o sin duda, que viene a ser el intersticio que queda entre dos creencias.

Esta duda, este vacío en que naufragamos, esta amenaza constante del nihilismo, esta creciente intranquilidad ante el abismo sin fondo que orillamos, ha generado páginas magistrales en la literatura y la filosofía alemanas.

Hermann Hesse, en "El Juego de Abalorios", fija la vivencia hastiada del hombre en nuestra época "folletinista". "En esa época, millares y millares de hombres, que generalmente cumplían trabajos pesados y vivían una vida difícil, permanecían inclinados en sus horas libres sobre cuadrados y cruces de letras, cuyas casillas llenaban de acuerdo con ciertas reglas de juego".

"Debemos cuidarnos de ver en esto solamente el aspecto ridículo o tonto y tenemos que evitar mofarnos al respecto. Aquellos hombres, con sus adivinanzas infantiles y sus intentos culturales, no eran ciertamente niños ingenuos o feacios juguetones; estaban envueltos angustiosamente en fermentos y sismos políticos, económicos y morales, y sostuvieron guerras terribles y luchas civiles; sus pequeños juegos educativos no fueron simplemente niñerías tontas y generosas, sino que correspondieron a una profunda necesidad de cerrar los ojos y de refugiarse en un mundo ilusorio e inofensivo en lo posible, huyendo de problemas insolubles y de acongojados temores de ruina. Aprendían con perseverancia a guiar automóviles, a jugar difíciles juegos de

naipes, y se dedicaban distraídos a resolver enigmas de palabras cruzadas, porque se enfrentaban casi sin defensa a la muerte, la angustia, el dolor el hambre, sin que ya pudieran confortarlos, las iglesias o aconsejarlos el espíritu".

Al lamento saturado de estilizada ironía de Hesse podemos agregar la conocida cadencia que invade la metafísica de Martín Heidegger enfrentando la difícil posición del hombre consciente de su trágica finitud y desamparo, apremiado por deberes de esciavo, entregado al ruido o al hastío, impotente para neutralizar la sorda voz de su conciencia que reclama angustiosamente la presencia robusta y segura de la creencia, a pesar de sus vanos intentos de olvido en los abstractos paraísos del dinero y el confort.

Jaspers percibe y traduce con igual agudeza y precisión el estado de descomposición y desorden moral, subrayando, con rara similitud, las mismas características apuntadas por Hesse y Heidegger, en su estilo seco y tajante: "Las masas surgen donde los hombres sin mundo propio, sin ascendencia ni suelo, quedan en situación de disponibilidad, canjeables entre sí. Esta es la consecuencia de la técnica, cada vez más acentuada: el agostamiento del horizonte, el vivir a corto plazo y sin memoria efectiva, la compulsión del trabajo sin sentido, la distracción en la disipación de las horas libres, la excitación nerviosa como vida, el engaño con apariencia de amor, lealtad, confianza; la traición sobre todo en la juventud, y, como efecto, el cinismo... pasando por una desesperación disfrazada de frescor e intrepidez se acaba en el olvido y la indiferencia, en un estado en que los hombres se reúnen como un montón de arena que se puede utilizar, movilizar, deportar, y al que se trata como a un número y según caracteres cifrables calculados mediante tests".

Ante la crisis de la creencia se han situado dos pensadores de singular calibre. Son semejantes en su empeño de potenciar la gran categoría ontológica de la creencia como base insoslayable del futuro del hombre. Son diferentes en el gesto íntimo ante el problema. Mientras Jaspers acusa el impacto del drama en su pensamiento en su forma profundamente alemana, Ortega, menos atormentado, saludable y orientador como siempre, dilucida, disecta y plantea. "Origen y Meta de la Historia" sacude vio-

lentamente al lector y lo dispara, escéptico, medio a medio del caos. "Ideas y creencias" es pura luz conceptual que alumbra la conciencia del ser en cualquier lector extrañado.

Remontándonos a la hora, ya lejana, en que Ortega dió el primer paso serio en la formulación de su doctrina, encontramos la clave de esa permanente doncellez espiritual que ha sostenido su entusiasmo contagioso por el cambiante panorama que el mundo ofrece día a día. El amor intelectual condiciona su más entrañable gesto de pensador y le impulsó, a través de una sucesión de libros magistrales, a llevarlo todo: "un hombre, un libro, un cuadro, un paisaje, un error, un dolor, por el camino más corto a la plenitud de su significado".

Esta disposición original exime a este gran gustador de su tiempo de la pena por las trazas que va tomando la vida. Prefiere comprender el frenesí humano en su torno y, con belleza expresiva, lanzar ráfagas de luz al fondo de los problemas. El pesimismo que larva los mensajes de sus colegas alemanes no tiene eco en sus escritos saturados de salud comprensiva.

Alguna vez una tenue tristeza emergió, sin gran resentimiento, del cauce transparente de su vida de pensador, en bello arrebatado confidencial: "No hay grandes posibilidades de que una obra como la mía, que, aunque de escaso valor, es muy compleja, muy llena de secretos, alusiones y elisiones, muy entretejida con toda una trayectoria vital, encuentre el ánimo generoso que se afane, de verdad, en entenderla. Obras más abstractas, desligadas por su propósito y estilo de la vida personal en que surgieron, pueden ser más fácilmente asimiladas, porque requieren menos faena interpretativa. Pero cada una de las páginas aquí reunidas resumió mi existencia entera a la hora en que fué escrita, y, yuxtapuestas, representan la melodía de mi destino personal".

Al pensador español no le ha dolido nunca pertenecer a su tiempo y, ya dentro de él, le ha bastado percatarse, del enigma insoluble de la vida y soportar con entereza la sensación lacerante del fin de la misma, que no ha de tener curación.